

MISSES

OTRA ANDALUZA EN EL TRONO

POR segunda vez consecutiva, Andalucía ha salido triunfadora en la competición de belleza que anualmente se organiza para elegir a «Miss España». Paquita Torres, la ganadora del título en 1966 y reciente «Miss Europa», entregó el relevo a su paisana Paquita Delgado en el teatro Lírico de Palma de Mallorca, escenario de la celebración del concurso en esta ocasión.

Veinte han sido las participantes en la final. Y, según testigos presenciales, Paquita Delgado se reveló desde el primer momento como la más segura candidata. Al menos, esto es lo que han confesado algunos miembros del jurado. Paquita representaba a Andalucía Occidental. Nació en Córdoba hace dieciocho años y ha terminado en estos días su bachillerato. Al título de bachiller se agrega, pues, el flamante de «Miss España».

La nueva «Miss» mide 1,67 de altura y pesa 52 kilos. Sus medidas son: 85-65-91. Le convencieron para que se presentara al concurso. «El Cordobés» le regaló un capote de paseo, con los bordados del cual se confeccionó el traje de noche que utilizó en uno de los tres pases reglamentarios ante el jurado.

Formaban parte de este tribunal de belleza: la condesa de Villapadierna, Nuria Torray, Maruja García Nicolau —«Miss Europa 1962»—, Barbara Werle y Dianne Baker —que a última hora tuvo que quedarse en cama con paperas—, Alicia Maura de la Rosa, Danielle Zeiler, Carlos Sentís, Jaime de Mora y Aragón, Perico Chicote, Maximilian Schell, Rossano Brazzi —que debió ausentarse urgentemente por enfermedad de su mujer—, Andrés Fagalde y Luca de Tena, Gustavo Rojo, Jesús Vargas, Joaquín Araújo y José Ángel Ezcurra.

El sábado pasado, 17 de junio, a media noche, en el transcurso





Teatro Lírico de Palma de Mallorca, medianoche del 17 de junio. Mario Best acaba de leer el acta del jurado y se ha procedido, con el solemne ritual establecido, a la proclamación y coronación de las bellezas oficiales españolas para 1967-1968. En el centro de la foto, Paquita Delgado, hasta entonces «Miss Andalucía Occidental», ya «Miss España 1967»; a su derecha, la donostiarra Yolanda Legarreta, «Miss Nacional», y la madrileña Concepción Fernández, Primera Dama de Honor; a su izquierda, María Antonia Redondo, «Miss Cinema 1967», y Nella Viedma, «Miss Palma», designada Segunda Dama de Honor. Abajo, reunión del jurado ante la piscina del Bahía Palace. Desfila «Miss Región Valenciana». De izquierda a derecha, Encarnación Domenech, Pedro Chicote, Jaime de Mora y Aragón, Gustavo Rojo, la condesa de Villapadierna, el modista Jesús Vargas y Alicia Maura de la Rosa. Durante un año, otra andaluza ostentará el título que la acredita como la más bella y elegante embajadora española en el extranjero. Paquita Delgado desea ser maniquí, pero para conseguirlo tendría que abandonar su hermosa ciudad natal, Córdoba.



de una fiesta de gala, las concursantes realizaron los tres pases: con traje regional, vestido de noche y conjunto de playa. La única pega que los miembros del jurado pudieron encontrar a la candidata más firme era posiblemente su estatura, teniendo en cuenta la que suele ser frecuente en los concursos de belleza internacionales. La propia Paquita sabe que éste es un handicap que debe superar, a base de encanto y salero, cuando concurra a manifestaciones semejantes fuera de España.

«Miss Vascongadas», Yolanda Legarreta, quedó clasificada en segundo lugar, siendo proclamada «Miss Nacional». Viajará por el extranjero en compañía de «Miss España», y podrá **SIGUE**



PHILIPS
presenta

UNA NUEVA DIMENSION EN EL AFEITADO

PHILISHAVE • 3

Mejores no hay

PRUEBELA, POR FAVOR:
NOS LO AGRADECERA

MISSES

de «Miss Universo», que se celebra en los Estados Unidos.

«Miss Madrid», María Antonia Redondo, recibió el título de «Miss Cinema». Las primera y segunda damas de honor de «Miss España» fueron designadas «Miss Centro» y «Miss Palma de Mallorca», respectivamente. El diploma y la banda de «Miss Simpatía» fueron concedidos a «Miss Barcelona»; por su parte, los reporteros gráficos elegían «Miss Fotogenia» a «Miss Cataluña».

Durante un año, Paquita Delgado Sánchez ostentará su título que la acredita como la más bella y elegante embajadora española en el extranjero. Desea ser maniquí, aunque, para serlo, tendría que dejar a sus padres y salir de Córdoba, y en principio no le apetece hacerlo. Sin embargo, la esperan viajes, proposiciones, contratos... El próximo viaje, el siguiente concurso, no tardarán en presentarse.



«Miss Europa»: 60 kilos, 174 cms. de altura, 92 cms. de contorno, 92 cms. de caderas, 64 cms. de cintura. Diecinueve años.

A Paquita Torres se le ha posado sobre el pelo, negrísimo, una mairiposa de terciopelo. Cuando echa para atrás la cabeza descubre la intimidad de una nuca delicada. De pronto, comienza a tararear una canción: «Yo te quiero...» y en sus manos hay un amago de echarse a volar. Toda ella parece dispuesta a volar en cualquier momento. De hecho, tiene muy poco que ver su vida con el mundo real. «Miss Europa» vive en ese mundo de beatitud que, paradójicamente, coexiste con el de la angustia, el teléfono rojo y los Concorde. Paquita Torres no puede escribir «El Astrégalo» como Albertine Sarrazin; su biografía es más bien el cuento de la Cenicienta y toda ella puede reducirse aproximadamente a esta fórmula: vestidos + sonrisas + canciones + vestidos + simpatía. Su trabajo, ponerse ante una cámara fotográfica y obedecer: «Levante el brazo, deje caer el otro, adelante un poco la pierna izquierda, tuerza el cuerpo hacia la derecha».

—Pero me molesta que me traten como un objeto.

La vida para Paquita Torres es muy sencilla; es bajar lentamente por la Gran Vía, llegarse hasta Serrano, pararse ante una boutique, comprar. La felicidad. Paquita está en las últimas páginas de los periódicos de la tarde y se encuentra bien así. No intentéis hablarle de la primera, por ejemplo de la guerra árabe-israelita:

—No me interesa... no sé. Lo único que puedo decir es que defiendo a los israelitas porque me cayeron muy simpáticos cuando estuve en Tel-Aviv. Allí gané el concurso «Miss Mediterráneo». Me gustaban mucho las patillas de tirabuzón que se dejan los israelitas.

Si le citáis la guerra de Vietnam hará un gesto delicadísimo con la mano, como si quisiera espantar un fantasma; hará un mohín divertido:

—¡Qué horror, la guerra! De verdad, no me gusta hablar de esas cosas.

A Paquita le gusta vivir la vida, aunque no es nada fácil ponerse de acuerdo con ella sobre este término. Cuando habla de la vida, yo veo solamente un escenario y no comprendo más que a medias lo que, al entender de Paquita, es la vida para una mujer:

PAQUITA TORRES CENICIENTA 1967



—Creo que una mujer debe venir a este mundo para sacar sabor a la vida... Viajar, conocer a personas agradables, en fin, tantas cosas bonitas.

de bordadora a miss

—El día más feliz de mi infancia fue la Primera Comunión.

Es indudable que aquél fue el primer día en el que Paquita Torres se sintió maniquí, su gran ilusión. Pero su vocación se le definió a los catorce años. La subyugaban los modelos de la televisión, de las revistas de moda. Era una obsesión que no se apartaba de ella, que cultivaba secretamente. Soñaba en ello mientras bordaba, en su casa de Bailén, muy cerca de la ventana. Bordaba y escuchaba la radio: música, siempre música, que no la estorbaba el quehacer de los finos dedos obedientes al modelo. ¿Qué hacía Paquita en Bailén? Se levantaba a las nueve, salía a la compra, hacía las camas al volver y ponía la casa en orden. Luego, se

sentaba con su tela y sus hilos brillantes, junto al receptor de radio, cerca de la ventana, plétórica de luz o llorosa de lluvia; muy cerca de la ventana, para que toda la luz cayera sobre el panderito tenso del bastidor. Durante un año —a los quince— tuvo que observar un riguroso luto y, cuando salió la calle, ya de color, advirtió que los hombres se volvían para mirarla con insistencia. Un buen día, tiró el bastidor y se marchó a Málaga. Trabajó, durante un tiempo, de camarera en un club de golf. Días difíciles. Al título de «Miss Málaga», Paquita se presentó con lo puesto: unos pantalones vaqueros y un jersey. La adolescente bordadora de Bailén ganó su primer título. (Quiero advertir, al llegar a este punto, que aunque no existan estadísticas sobre el tema, puede calcularse que, aproximadamente de diez mil chicas que bordan, solamente una cada quince años llega a ganar un concurso de belleza y a trabajar como maniquí.)

Ya «Miss Málaga» y «Miss Andalucía», salió disparada hacia Salou,

donde se iba a conceder el título de «Miss España». Fue comprando en el viaje ropa, apresuradamente. Es posible que no fuera la concursante más guapa de Salou, pero desde el primer momento se supo que sería la ganadora: era sencilla, agradable y disciplinada. Las concursantes deben llevar un traje de noche para la fiesta. Paquita se improvisó uno con el forro de un traje de novia.

La foto-novela se iba cumpliendo. Ya era «Miss España». El romance llegó en Palafrugell, en cuyas fiestas actuó como reina. Aquí encontró el amor. Pero la carrera no había terminado. En Miami se concedía el título de «Miss Universo»; era preciso ir a Miami, ahora en avión. Paquita veía la tierra muy pequeñita (¿por dónde caería Bailén?) y todos los sueños parecían ya al alcance de la mano. En Miami quedó finalista y consiguió la Copa de la Amistad. Por fin, hace unos días, el 4 de junio, fue elegida «Miss Europa».

Paquita Torres declaró al periodista de un semanario que su ilusión, su gran ilusión, era trabajar como maniquí. Al día siguiente, la dueña de una casa de modas de Madrid había conseguido localizarla.

—Quiero ser famosa como maniquí. Creo que en Barcelona me irían mejor las cosas que en Madrid. Mi deseo, ahora, es hacer publicidad para televisión.

«Miss Europa» es una niña crecida de pronto, un tanto ingenua, «locueña», dice de sí misma; pero hay algo que persigue con seguridad: instalarse definitivamente en un mundo recién descubierto. Ha sacrificado su amor de Palafrugell por temor a que le estorbara su carrera.

El público ha comenzado a consumir la imagen de «Miss Europa». La foto se recibe como un alivio en el bochorno de la tarde, en los agobios del autobús... A su paso, una mujercita se sobresalta y la aborda: «Me suena su cara, ¿no es usted "Miss Europa"?», y se va feliz de haberse tropezado con una miss, con un habitante de ese mundo que se intuye fabuloso: el lujo, la libertad... La fruta prohibida para el hombre de la calle. Paquita Torres sonríe una vez más, adelanta la pierna derecha, tuerce el cuerpo hacia la izquierda... El pan barato para la imaginación de tantos mortales...

HECTOR